



Amigos Carinosos

J.F. JIMENEZ

Table of Contents

[Title Page](#)

Hemos sido amigos toda la vida.

Nos hemos contado todo siempre.

Él me ha escuchado y yo he llorado en su hombro cuando he terminado antes con mis novios y yo he hecho lo mismo con él cada vez que ha terminado una relación con alguna de sus chicas.

Y hace mucho que ni él ni yo tenemos pareja.

Y hoy me ha invitado a salir y estoy anticipando que terminemos la noche haciendo el amor y siendo algo más que amigos.

Y tengo motivos para sospechar eso.

En el pasado ya hemos tenido algunos incidentes bastante subidos de tono.

Todo comenzó hace unos seis meses cuando yo estaba teniendo alguna relación con un fulano. Rodrigo y yo estábamos tomando un café y yo comencé a comentarle los detalles íntimos de mi relación. La verdad es que no tengo amigas con quien comentar estas cosas o a quien preguntarles opiniones y por otro lado, Rodrigo siempre ha estado dispuesto a escucharme, así que estábamos en su departamento, sentados a la mesa y yo le estaba platicando.

—Él me subió la falda y quedó encantado con la tanguita que llevaba.

—Wow —me dice Rodolfo, con los ojos muy abiertos—, qué rico.

—Me la bajó ahí mismo, en la sala de casa de mis papás, y aprovechando que no había nadie, me cogió sobre la mesa.

—¿La del comedor?

—Sí —le digo sonriendo, puso sus manos bajo mis nalgas y me cargó. Yo lo abracé con mis piernas y me llevó cargando a la mesa. Me puso sobre la mesa y yo abrí las piernas y me tomó ahí.

—Mmm —dice Rodrigo. Lo conozco muy bien y sé que está excitado. Yo también estoy caliente. Me ha gustado contar la historia y recordar ese polvo que estuvo de lujo, pero también me pone cachonda verlo a él excitado.

—Ya estás caliente —le digo, soltando una carcajada. Siento mis pezones erectos y mis senos duros.

—Bastante —me dice él y puedo adivinar que la mano que está debajo del mantel se está frotando la pija, sobre el pantalón.

—¿Te gusta que te cuente mis fajes? —le pregunto, sonriendo.

—Mucho —me responde él.

—¿Alguna vez te has hecho una paja pensando en ellos? —le pregunto

bajando la mirada, pero no puedo ver a través de la mesa y del mantel, para ver cómo su mano sigue frotando su palo, aunque me gustaría. No sé ni porque le pregunto eso. Supongo que cuando una lleva una muy buena relación con alguien, hay tardes en las que las personas se confiesan mucho más de lo planeado. Hoy parece ser una de esas tardes.

—Sí —me responde él, sonriendo. —Todo el tiempo.

Yo me apeno mucho y antes de darme cuenta se me sale una carcajada escandalizada. Creo que estoy mojada entre las piernas y definitivamente, me noto hinchada.

—¡Ay, Rodrigo! —le digo, fingiendo un poco de enojo, pero aún con una gran sonrisa. —Eres un cerdo.

—¿Y mientras te cogía te besó las tetas? —me pregunta él. Puedo ver que su brazo se mueve más vigorosamente.

—Pues claro que sí —le digo, bajando un poco la voz—. Me subió la camiseta. Le encantó ver mis pezones bien parados y duros.

—¿Cómo son tus pezones, Lauri? —me pregunta mi amigo. Echa su silla hacia atrás y entonces puedo ver que se ha sacado la pija y la tiene en la mano mientras se está masturbando. La cabeza de su palo está roja y mojada y su puño sube y baja sobre esa gran erección. Puedo ver que la tiene más grande que mi novio, y la verdad, se me hace agua la boca. Me quedo callada un momento, ensimismada, mirándole el palo, pero después lo miro a los ojos, y le respondo sonriendo.

—Son oscuros. Son largos y gordos y se ponen muy duros —le respondo con una voz ronca.

—¿Ahorita están duros? —me pregunta, sin dejar de masturbarse.

—Me imagino que sí. Los siento duros nada más de ver lo que estás haciendo, cochino. ¿Se me ven a través de la blusa?

Rodrigo baja la mirada y me mira las tetas descaradamente.

—Sí. Sí se ven. Los tienes super parados, Laurita —me dice, mientras yo no puedo evitar gemir y morderme el labio inferior. Estoy super caliente y aprieto las piernas, aunque la verdad, tengo ganas de acariciarme la concha, igual que él se está acariciando la verga. —Pellízcatelos —me dice.

—¿Cómo crees, Rodrigo? —le digo con los ojos muy abiertos, pero sin despegarlos de su palo —No deberíamos estar haciendo esto. Yo tengo novio. Ya guárdate el palo y vamos a seguir platicando.

—No —me dice él simplemente —Ya estoy muy cerca, pero necesito que te pellizques los pezones para venirme. Ándale, hazlo ¿no quieres ver cómo

termino?

Yo no le respondo, pero me sigo mordiendo el labio inferior. Sin decir nada, llevo mis manos a mis tetas y me pellizco los pezones mientras lo miro a los ojos. Estoy muy caliente y mis dedos pellizcan, jalan y retuercen la punta de mis senos mientras se me escapa algún gemido. Entonces él se viene sobre una servilleta de la cocina. Mientras se limpia el palo yo suelto una carcajada y le digo, cariñosamente “eres un cerdo, Rodrigo”. Seguimos tomando café y platicando como si nada, pero él me ha dejado como de fuego, así que cuando llego a mi casa me masturbo y termino dos veces, imaginando que Rodrigo me coge sobre la mesa de su departamento, esa misma donde acabamos de tomar café.

Y empiezo a desearlo.

Transcurrieron algunos meses sin que pasara nada y después yo terminé con aquel fulano con el que andaba y volvimos a encontrarnos en esa mesa de su departamento tomando café y esta vez, él me estaba contando sus aventuras con una de sus exnovias.

—¿Y entonces qué pasó? —le pregunto.

—Pues que comenzamos a besarnos como locos en el cine. Y como yo ya sabía que Mónica no traía sostén, comencé a acariciarle las tetas por encima de la ropa y después de un rato, le abrí la blusa y se las saqué.

—¿Ahí en el cine? ¿Y ella no dijo nada? —le pregunto incrédula.

—No —me dice Rodrigo, sonriendo —Mónica era bien caliente y le encantaba ponerse cachonda en lugares públicos. ¿Alguna vez has hecho algo en un cine o un lugar así?

—No —le digo, mordiéndome el labio. Mi mano está sobre mi pierna desnuda, pero en realidad quiero meterla dentro de la falda para darle un fuerte apretón a mi sexo, que ya siento hinchado y húmedo y estoy segura de que mis pezones ya se me ven parados a través de mi camiseta blanca. Lo sé, porque mientras habla, Rodrigo ya me los está viendo.

—¿Te pone caliente lo que te cuento? —me pregunta.

—¿Pues cómo no me va a poner caliente, Rodrigo, si me estás contando que te follaste a la chica en el cine? —le digo, riendo.

—¿Te atreves a masturbarte, como hice yo el otro día? —me pregunta.

—Pues no sé —le digo y por alguna razón oigo mi voz muy ronca y muy bajita—. A lo mejor. ¿Por qué no me cuentas más?

—Súbete la falda —me dice. Yo, sin pensarlo mucho, me subo la falda y comienzo a acariciarme las piernas, mientras él me sigue contando.

—Tenía unas tetas lindas —me dice—. ¿Te acuerdas que tenía la piel muy blanca? Pues sus tetas estaban salpicadas de pecas, con unas aureolas muy chiquitas y unos pezones muy paraditos —por alguna razón, me pone celosa que me cuente de otra chica y más bien quiero oír que pasó después. Estoy a punto de quejarme cuando él me sigue contando —Yo pensé que se iba a quejar, pero no dijo nada y mientras yo se las besaba en el cine y le chupaba los pezones, ella puso su mano sobre mi sexo y comenzó a acariciarlo a través de los jeans. Cuando yo me saqué la pjja, pensé que ella me iba a reclamar, pero en lugar de eso, se inclinó y comenzó a chupármela ahí en el cine —mientras me cuenta todo esto, a mí se me escapa un gemido; con mi mano, echo a un lado mis panties y me acaricio el clítoris.

—¿La tienes muy grande? —no sé porqué le pregunto semejante estupidez, si el otro día ya se la vi y la tiene de muy buen tamaño.

—Mírala —me dice, acariciándola sobre el pantalón. El tremendo bulto se le nota en los jeans y yo estoy deseando que se la saque para verla bien. Como leyendo mi mente, sin decir nada, Rodrigo se la saca. La tiene ya muy mojada y de un color rojo. Está muy dura. Él comienza a subir y a bajar su puño sobre ella —Mira —me dice —Mónica la lamió aquí y aquí. Se sentía delicioso —me confiesa. Su voz también ahora está ronca, como la mía y está hablando también muy bajo, mientras nos masturbamos juntos, mirándonos uno al otro.

—¿Y entonces qué pasó? —le preguntó. Estoy casi echada sobre la silla, con la nuca recargada sobre el respaldo de la silla, con las piernas abiertas y con mi mano jugando sobre mi clítoris hinchado. Tengo los ojos semicerrados. Rodrigo en cambio, está sentado en el borde de la silla, jugando en su puño con su verga, con los ojos clavados sobre mi pubis.

—Me la estuvo mamando un buen rato, mientras me acariciaba los huevos, pero después de un rato, la senté sobre mí, dándome la espalda. Aprovechando que también llevaba falda, como tú hoy, le hice a un lado las bragas y se la metí hasta el fondo.

—¡Ay, no inventes!

—Te lo juro —me dice —El cine estaba casi vacío y nadie se dio cuenta. Ella hacía como si siguiera viendo la película sentada en mis piernas, pero se movía muy despacito sobre mí, mientras yo le acariciaba las tetas.

—¡Ay, qué rico! —se me escapa decir. Entre lo que me está contando y la vista que me está dando, toda la situación me tiene super caliente y puedo sentir que me acerco a mi orgasmo—. ¿de verdad hicieron eso? ¿y qué pasó

luego?

—Pues como la Mónica tomaba la píldora, me dejó correrme dentro de ella. Nos venimos casi al mismo tiempo. Yo tenía miedo de que los empleados del cine nos oyeran, pero nadie nos molestó. Se quedó un rato ahí sentada y después, saco unos pañuelos desechables de su bolsa y nos limpió mientras se separaba y se bajaba de mí. Se cerró la blusa y todo listo, aunque la verdad la falda sí quedo muy manchada.

—Estoy muy caliente, Rodrigo.

—¿Te vas a venir?

—Ya casi. Cuéntame más. ¿Gimió rico, la muy puta?

—Delicioso. Y apretaba rico. Vente conmigo. Yo también me voy a correr.

—No mames, Rodrigo, eres un cerdo —no puedo decir más. Siento las contracciones en mi cuerpo y me corro, un poco antes que él, que esta vez no cubre su palo con una servilleta y me regala esa vista maravillosa de su sexo disparando varios chorros de leche sobre todo el departamento. Qué rico se ve y de pronto me descubro deseando que ese semen estuviera cayendo sobre mis senos, o sobre mi boca.

Mientras Rodrigo se entretiene buscando algo con que limpiarse y limpiar la mesa después de venirse, a mí me entra el arrepentimiento. ¿Qué estamos haciendo? Me pregunto.

—Rodrigo, ya me tengo que ir, que me espera mi mamá en casa —le digo, mientras me acomodo las bragas, me bajo la falda y salgo apresuradamente de su departamento.

—¡Lauri! —puedo oírlo mientras me encamino a la puerta —No te vayas, vamos a platicar.

Pero ya es muy tarde. Sin decir más salgo del departamento y corro a mi casa, donde me descubro todavía caliente y le dedico dos chaquetas más a mi mejor amigo, entre arrepentimientos y vergüenzas, pero también con un gran placer y unos orgasmos muy intensos.

Todo eso pasó hace varios meses.

No hemos hablado mucho desde entonces y cuando lo hemos hecho, no hemos mencionado ninguna de nuestras aventuras.

Pero hoy por la mañana, Rodrigo me ha separado de los demás del grupito, ha tomado mi mano, y muy amable y muy lindo, me ha invitado a salir esta noche.

—No sé si me has estado evitándome a propósito desde lo que pasó en mi

departamento o si ha sido simplemente la casualidad la que nos ha separado —me dice y yo no puedo contestarle nada —pero no me gusta estar lejos de ti. Si te invito a salir conmigo esta noche... ¿me dirás que sí?

Y aquí estoy hoy, arreglándome para la cita.

La parte loca de mí se muere por comérmelo enterito. Y la otra parte se muere de ternura y quiere llenarlo de besos.

La perversa dentro de mí me sugiere medias ¡rojas! Con un ligüero del mismo color y una tanga y un sostén transparente de los mismos tonos. Pero la niña buena de mí se decide por unas bragas blancas (¡pero transparentes!) con un sostén que también es blanco y transparente y que le hace juego perfecto. Ni medias ni ligüeros. Aunque si me meto a bañar y me depilo totalmente el pubis y le doy una buena actualización a mis piernas y a la zona debajo de los brazos. Quiero que si pasa algo, Rodrigo me encuentre tan suavcita como el pétalo de una rosa... o como la nalga de una princesa, como solía decir mi papá, jajaja.

Me quedo mucho tiempo viendo ese vestido blanco que tengo, pero me parece que toda de blanco, por dentro y por fuera, voy a parecer la novia de la boda, y además, muy aburrída. Al final me decido por una minifalda negra y una coqueta blusa de seda sin mangas color hueso, la cual lleva, muy coqueta, los botones superiores abiertos... casi hasta donde se me puede ver mi sostén.

Aún me estoy debatiendo en esos botones cuando oigo el timbre de la puerta ¡Y yo ni siquiera me he peinado! Le marco un rápido texto a Rodrigo.

“Hola. ¿Tú tocaste?”

“Sí”, me responde.

“Ay, qué pena, Rodrigo. Todavía no estoy lista.”

“No hay problema, muñeca. Me tomo algo aquí en el restorán de la esquina y te espero. ¿Cuánto tiempo necesitas?”

“¡Me parece muy bien! Yo te veo ahí como en media hora. ¿Está bien?”

“Claro”.

Ya con el tiempo encima no hay mucha posibilidad de dudar en los zapatos, el peinado, el maquillaje y los accesorios. Mientras me apresuro para estar lista, pienso que después de toda la eternidad en la que hemos sido amigos y sobre todo, después de lo que ha pasado en los últimos meses, no debería estar tan nerviosa. Pero entonces me doy cuenta de todo lo que Rodrigo significa para mí y que no quiero echar a perder nuestra relación por un error.

Finalmente estoy lista y bajo casi corriendo para ver a Rodrigo en el restorán de la esquina. Casi al llegar me detengo y comienzo a caminar más lento. Cuando entro al lugar, lo veo sentado en una de las mesas, tomándose un refresco. Se pone de pie y camina hacia donde yo estoy. Mientras yo camino para encontrarlo, noto como me tiemblan las piernas ¡no sabía que iba a estar tan nerviosa! Bajo la mirada para revisarme por última vez y todo lo que veo me gusta. Creo que me veo muy bien. Finalmente llega hasta donde estoy y me toma la mano. “¿Quieres tomar algo antes de irnos?” me pregunta. “Eso depende” le digo sonriendo, “¿a dónde me vas a llevar?”

—No te preocupes —me dice—. A donde vamos hay bastante de comer.

Me llama la atención ver que Rodrigo viene vestido de traje e incluso trae corbata. Seguramente vamos a un lugar muy elegante. Entonces, recuerdo que su papá es socio del Club de Industriales.

Efectivamente, llegamos al Club de Industriales. Estoy un poco decepcionada, porque no me parece el lugar más romántico del mundo, pero en fin, lo importante es pasarla bien.

Nos reciben muy amables y nos pasan a un salón privado que es bastante amplio y que tiene algunos sillones cerca de la entrada y también una mesa para comer al fondo.

El mesero le entrega a Rodrigo un control remoto y le dice que si necesita algo, presione el gran botón rojo que se encuentra en el centro y que de otra manera estaremos solos. Ahora todo empieza a hacer sentido. Estoy segura de que todo ese sistema se inventó para que los industriales pudieran realizar sus negocios de manera privada y en paz y sonrío cuando pienso que el papá de Rodrigo jamás imaginó las razones por las que usaríamos uno de estos salones. Digo, si es que lo que me imagino se va a hacer realidad.

El mesero nos trae un par de tequilas y se va.

Rodrigo y yo nos pasamos algunos momentos bebiendo y platicando. Aún me estoy preguntando si va a pasar algo o si lo he imaginado todo, cuando él se inclina sobre mí, mirándome a los ojos y me besa en los labios muy suavemente. Yo hubiera pensado que antes íbamos a platicar de cómo nos sentíamos, pero al parecer el chico ha tomado la ruta directa. Paso mi brazo por atrás de su cuello y lo acerco a mí y entonces nos besamos más profundamente.

Nos pasamos una media hora besándonos en ese sofá, cada vez con más fuerza y más deseo. Rodrigo me va inclinando poco a poco y se va posicionando sobre mí y en un momento dado ya estamos acostados sobre

ese mueble y yo estoy debajo de él.

—Lauri... —me dice, separándose un momento y mirándome a los ojos.

—Shh —le digo yo. No vamos a comenzar a hablar ahora que ya nos estamos besando. El momento de hablar ya pasó y quizás vuelva después. Nos seguimos besando y descubro que a él le encanta mordirme el labio inferior y que a mí me encanta que lo haga. Me encanta como saben sus labios carnosos y cómo sabe usarlos y cómo sabe todo él, incluyendo su saliva. Su lengua entra en mi boca, atrevida y agresiva y yo solo la recibo mientras mi propia lengua juega con la suya. ¡Qué bien besa! Desgraciadamente, después de un momento se vuelve a separar de mí.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que pidamos de cenar?

¿Qué pasa con este chico? ¡Tan bien que habíamos empezado! Pero bueno, supongo que en algún momento tenemos que cenar así que le digo que sí.

Él presiona ese gran botón rojo y el mesero regresa con el menú. Nos encuentra muy propios, sentaditos en el sofá, como si acabáramos de discutir un gran negocio.

Todo en el menú se ve delicioso y no puedo decidirme.

Finalmente ordeno una ensalada de quintonil, verdolagas y berros con alcachofas que trae un aderezo de aguacate; unos raviolos con salsa de huitlacoche y un filete. Rodrigo pide un arroz con camarones y una pechuga de pollo rostizada al curry.

Mientras llega la comida, Rodrigo pone algo de música y me invita a bailar. Y de pronto nos encontramos bailando al centro de ese saloncito que es solo nuestro, me abraza por la cintura y me pega a su cuerpo mientras yo paso mis brazos alrededor de su cuello y entonces sí que el Club de Industriales empieza finalmente a antojarse como un lugar romántico. ¡Quién lo hubiera dicho!

Mientras bailamos suavemente yo me pierdo en los ojos negros de Rodrigo y entonces él me vuelve a besar y yo me aprieto más a su cuerpo. Ya puedo sentir su erección chocando contra mi pubis a través de la ropa y cuando recuerdo lo grande y dura que es, se me ponen los pezones duros y me imagino que empiezo a humedecerme entre las piernas.

Nos estamos besando al mismo tiempo que bailamos al centro del saloncito cuando el mesero carraspea y entonces, mientras Rodrigo y yo nos separamos sonriendo, un par de personas más entran y acomodan toda la vajilla y los platos en la gran mesa que está al fondo del salón. Nos dejan toda

la comida en grandes platos cubiertos con tapas metálicas que ponen en una mesita de al lado. Nos preguntan si necesitamos algo más y cuando Rodrigo les dice que no, entonces se van y nos dejan de nuevo solos.

En lugar de sentarse frente a mí en la mesa, Rodrigo opta por mover su silla y sus platos y sentarse al lado mío. Me pasa los platos y entre los dos nos servimos la comida. Estoy segura de que en la mayoría de los casos, van trayendo los platos poco a poco, ya servidos, para consumirlos. Pero en el caso de una cita romántica (¡como espero que ésta lo sea!) me encanta que nos dejen todo y se vayan.

¡Todo está delicioso!

Yo devoro mi ensalada y solo entonces me doy cuenta de que ya tenía mucha hambre. Después, mientras tomo mi sopa y Rodrigo su arroz, puedo sentir de pronto su mano sobre mi pierna desnuda y un escalofrío me recorre el cuerpo.

Rodrigo se estira y me vuelve a besar y entonces nos olvidamos del resto de la comida. Yo paso mi mano por su nuca. Me encanta acariciar su cabello. Al mismo tiempo, casi de manera inconsciente abro la boca y puedo sentir su lengua jugando con la mía y después acariciándome los dientes. Me sabe delicioso. La mano que estaba sobre mi pierna comienza a subir poco a poco y yo, descarada, abro un poco las piernas. Unos momentos después, esa mano tan atrevida ha llegado a mi pubis y siento su dedo índice acariciándome a través de la delgada tela de mis braguitas blancas transparentes. Cuando siento ese dedo subir y bajar lentamente sobre la línea de mi rajita no puedo evitar estremecerme y abrir más las piernas, mientras él se me pega aún más, para meter más profundamente su lengua dentro de mi boca. Yo, atendida por todos esos lugares al mismo tiempo, solo atino a gemir dentro de su boca y a acariciar sus mejillas mientras él me sigue besando.

Después de un momento esa mano traviesa sube y se coloca sobre uno de mis senos. Aún sin mirármelos, sé que mis pezones están tan duros que son visibles sobre la tela de mi blusa. Mientras Rodrigo me muerde el labio, sus dedos aprisionan uno de mis pezones y lo pellizcan suavemente y yo de nuevo gimo en su boca. Esa mano, entonces, baja a donde mi blusa se pierde dentro de mi falda, en mi cintura, y comienza a jalarla para sacarla de dentro de la falda. Cuando me tiene totalmente desfajada, entonces la mano entra por debajo de la blusa mientras yo, un poco escandalizada, me separo de sus labios para susurrarle un “¡Rodrigo!” que espero (y quizás no) que lo frene un poco. Pero entonces siento esos dedos sobre mis pezones, apenas separados

de mi piel por el delgado encaje transparente del sostén, mientras Rodrigo imita mi voz y me responde “¡Lauri!” y yo no me puedo aguantar la risa, y después, un par de jadeos, mientras él sigue jugueteando con mis tetas.

—Rodrigo, no seas bárbaro —le digo mientras él me sube la blusa y se queda viendo a mis senos. Un momento después comienza a acariciarlos—. Que puede venir alguien, hombre. ¿Qué pasó con los meseros?

—No van a venir hasta que los llamemos, Lauri —me dice—. Por eso nos dejaron la comida y se fueron. Tienen instrucciones de no venir hasta que los volvamos a llamar. ¡Qué bonitas tetas tienes, guapa!

Entonces Rodrigo echa suavemente el sostén hacia abajo, descubriéndome las tetas, ahí en el Club de Industriales, y yo apenas estoy tratando de recuperarme del susto cuando siento su lengua lamiéndome los pezones y de nuevo se me escapa un gemido que hubiera querido callar. Me dejo hacer. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, decidida a disfrutar de las caricias de la lengua y los labios de mi amigo sobre mis senos. Incluso cuando muerde muy suavemente mis pezones, siento una oleada caliente entre las piernas que me pone a mil. Ya no me puedo ni me quiero controlar y mi mano viaja por fin a su entrepierna y rápidamente localiza un bulto ya un poco húmedo sobre su pantalón, que mi mano, ansiosa, empieza a frotar por encima de la ropa y ahora es el turno de él de soltar algunos jadeos mientras su boca sigue pegada a mi pecho. Aún sin ver, me peleo con la cremallera del pantalón y después de algunos momentos, y con la ayuda de mi amante, finalmente mi mano logra sacar ese palo gordo, largo, oscuro y mojado que yo recordaba tan bien. Entonces abro los ojos y bajo la mirada mientras siento mi mano mojada del liquido que suelta su verga. Mi puño comienza a subir y a bajar suavemente sobre su miembro, mientras su mano viaja de nuevo debajo de mi falda y en un momento localiza de manera experta la entrada de mi vagina. Sus experimentados dedos hacen a un lado las bragas, lo cual no es difícil con mis piernas abiertas, y entonces aspiro una bocanada de aire cuando siento su dedo índice entrar dentro de mí. ¡Qué atrevido!

Quisiera concentrarme en esta verga deliciosa, pero los dedos de Rodrigo no me dejan. Su pulgar frota mi clítoris mientras su dedo índice me penetra profundamente. Yo separo aún más las piernas y me doy cuenta de que estoy empapada. Mi mano sigue sobre su pija, pero ya no se está moviendo. Simplemente la aprieta. No tengo ya cabeza para hacer un movimiento coordinado sobre su sexo.

—Rodrigo —logro susurrarle, recuperando un poco el control—.

Espérate. No es lo mejor aquí. ¿Qué tal si viene alguien? ¡Tu papá trabaja aquí!

—Ya te dije que no va a venir nadie, Lauri. Nadie puede entrar a menos que los llamemos.

—Ya, Rodrigo ¡Pero es que esto no es un hotel! ¡Es el Club de Industriales! Mejor vamos a tu departamento —le digo, mientras, con un esfuerzo sobrehumano, separo por fin mi mano de ese palo delicioso para apartar su mano de mi panocha mojada—. Aquí no.

—Uy, Lauri, pero es que a mí lo que me pone a mil es hacerlo en lugares públicos. ¡Y tú lo sabes, porque te lo he contado!

No puedo evitar sentirme un poco celosa ante su comentario al recordar a sus exnovias, lo cual hace que la excitación se me baje un poco más.

—Pues sí me has contado del cine y del parque... y del estacionamiento... pero no había caído en la cuenta de que te gustaban los lugares peligrosos. Ahora ya no sé si lo que te excita es la situación o yo... — pienso en voz alta, bajando la mirada. Ya de pronto no me siento tan súper sexy.

—¡Muñeca! —me dice—. ¡Claro que no! Lo que me encanta eres tú, sin importar el lugar... Tienes razón. A lo mejor no es el mejor momento o el mejor lugar. Vamos a parar y otro día seguimos, si tú quieres ¿está bien?

Rodrigo se separa un poco y se guarda la pija dentro del pantalón, mientras yo también me arreglo un poco.

Seguimos comiendo y después de un rato, Rodrigo me tiene riendo, como siempre logra hacerlo. Por alguna razón, siempre me puede poner de buen humor y después de un momento estamos como un par de tontos, carcajeándonos de cualquier estupidez que ha inventado.

Ya no ha intentado seducirme de nuevo, lo cual le agradezco infinitamente, ya que ahora me tiene un poco más tranquila. Rodrigo toca el famoso botón rojo y los meseros vienen para llevarse los trastes, limpiar la mesa y preguntarnos si se nos ofrece algo más. Rodrigo ordena un par de bebidas más y después de que nos las traen, todas esas personas vuelven a retirarse discretamente. Si han notado algo raro, ciertamente han sido muy disimulados, y entonces me entra la curiosidad y el morbo.

—Nunca me habías platicado de este lugar —le digo a mi amigo—. Dime la verdad ¿a cuántas chicas has traído aquí a fajártelas?

—¿Cómo crees? —me dice Rodrigo riendo, casi escupiendo la bebida que se estaba tomando—. No he traído aquí a nadie más que a ti. Tú eres muy

especial para mí.

—¡Sí, cómo no! —le digo burlona, bajando la mirada para ver mi vaso, que ya está casi vacío, aunque dentro de mí, deseo desesperadamente que sea la verdad. Después me quedo pensando y me entra otra vez la maldita curiosidad—. ¿Y qué planes... o ilusiones... tenías para este lugar, conmigo?

—¡Uy! Muchísimos.

—¿Ah, sí? —no puedo evitar sonreír—. ¿Cómo qué?

Rodrigo sonrío y yo reconozco esa sonrisa. Es la que usa cuando está dudando si contarme algo o no.

—¡Ándale! —le digo—. Cuéntame cuáles eran tus planes.

—No, porque no te van a gustar, Lauri —me dice, más serio, pero yo suelto una carcajada.

—¿No me van a gustar y sin embargo era lo que pensabas hacerme? ¿pues qué íbamos a hacer?

—No es para tanto, no pienses mal.

—Bueno, pues cuéntame. Aunque sea solo una cosa.

—Bueno... una cosa... pues... te imaginaba bajo la mesa...

—¿Ah, sí? —sonrío otra vez... ya sé para dónde va. Es tan típico.

—Abriéndome la cremallera del pantalón... sacándome la verga...

—Y chupándotela debajo de la mesa ¿no? —nuestros rostros están otra vez muy cerca uno del otro, mientras estamos ahí sentados a la mesa. Los dos estamos sonriendo de oreja a oreja y hablando muy bajito mientras nos hacemos estas confesiones sexuales. Este es el tipo de momentos que me encanta vivir con Rodrigo. Cuando nos estamos platicando cosas muy íntimas y secretas; cosas que no nos atreveríamos a confesarle a nadie más. Es cuando más cerca lo siento.

—¿Y... te tomarías mi semen? —me pregunta mientras me toma de la mano.

—No sé —le digo, disfrutando de su mano sobre la mía.

—¿Normalmente te lo tomas?

—Tú sabes que alguna vez lo he hecho, con algún chico —le digo sonriendo, mirando sus dedos. Qué manos tan grandes tiene.

—¿Y de qué depende? —me insiste.

—De cómo me haga sentir ese chico —le digo. Se queda callado un momento, pensando.

—Me gustaría saber cómo te hago sentir yo —me confiesa.

—Bueno —le digo, riendo— a mí también. ¿Por qué no lo averiguamos?

Me encanta la cara de sorpresa de Rodrigo cuando levanto un poco el mantel y comienzo a deslizarme debajo de la mesa. Finalmente estoy de rodillas en el piso, debajo de la mesa, sonriéndole mientras separo sus piernas.

—¿Así más o menos era la fantasía, mi amor? —es la primera vez que le digo así. No sé porque lo hago. Simplemente me nace hacerlo y me llena de ternura ver su cara de sorpresa con los ojos muy abiertos. Él simplemente asiente moviendo la cabeza, sonriendo, pero no atina a decir nada—. ¿Y entonces yo hacía esto? —le digo mientras pongo mi mano sobre su evidente erección. Si el bulto no lo hiciera obvio, la mancha de humedad en el pantalón lo delataría. Lo acaricio mientras ambos gemimos un poco en voz baja. Después, muy despacio voy abriendo el cierre del pantalón y me encuentro con esa trusa negra, la cual simplemente bajo y entonces puedo ver a mi ya conocido amigo: gordo, hinchado, brillante por la lubricación que ya tiene, de un profundo color rosa, casi rojo y largo. Deliciosamente largo. Le sonrío a Rodrigo mientras empiezo a lamer la punta y a tomarme esas gotitas que comienzan a asomar por la punta de la verga, mientras él empieza a susurrarme nombres como “mi amor”, “preciosa” y “mamacita” y pues todas esas cosas no hacen más que incrementar mi deseo así que antes de que pase más tiempo, me tapo con el mantel (para hacerle la fantasía completa a mi chico) y me meto esa pija a la boca. Con una de mis manos libres, comienzo a acariciarle los huevos sobre la ropa, pero está bastante difícil, así que después de un momento, me saco su palo de la boca y desde donde estoy, le susurro “vamos a hacer esta fantasía completa”. Entonces comienzo a bajarle al tobillo los pantalones y la ropa interior. La operación resulta un poco difícil y en algún momento Rodrigo tienes que incorporarse un poco, pero después de algunos segundos, finalmente lo tengo casi desnudo de la cintura para abajo y entonces me deleito mirando esas piernas fuertes y velludas. Le paso las uñas por todas las piernas, arrancándole algunos estremecimientos y después me vuelvo a meter ese pene erecto en la boca, que me sabe delicioso, y ahora sí, sin ropa, puedo tomar muy cómodamente esos huevos en mis manos y apretarlos mientras le chupo el miembro. Él se recuesta sobre la silla y simplemente se deja hacer. Después de un momento, me pongo a besarle y a lamerle los huevos, mientras lo masturbo con la mano y todo ello le encanta. No he tenido un solo novio al que no le gustara como los masturbaba así que me siento bastante orgullosa de mis habilidades con la mano (y dicho sea de paso, con la boca también) y me encanta hacerles esas cosas a mis

novios. Pero con Rodrigo el sentimiento es aún más profundo. ¿Será que me estoy enamorando? Decido no pensar mucho en ello mientras vuelvo a llenarle la punta de su verga de muchos besitos rápidos, suaves y tiernos, mientras lo oigo gemir y mi puño sigue subiendo y bajando y de nuevo comienzo a comerlo completo. Él sostiene mi cabeza aún a través del mantel que me cubre y ambos estamos encantados y sintiéndonos muy traviesos con esta fantasía. Comienzo a pensar que quizás, estas fantasías en lugares públicos y con riesgo, tengan su mérito.

Después de un rato, cuando se me cansa la mandíbula, comienzo a masturbarlo con la mano, pero sin sacar la punta de mi boca. También empiezo a gemir para excitarlo más y no pasa mucho tiempo antes de que él comience a temblar y después de un momento se viene en mi boca. No sé cuántas veces se derrama en mi boca, pero por lo menos son cinco chorritos, lanzados con tanta fuerza que llegan hasta el fondo de mi garganta. Me quedo un rato, aun lamiéndolo y acariciándole los huevos mientras él regresa al planeta tierra y después de un rato, él mismo levanta el mantel y me saca de ahí. Me siento en la silla donde había estado antes.

—¿Te gustó, mi amor? —le pregunto—. Creo que ahora los dos ya sabemos cómo me haces sentir.

—Mi cielo, fue delicioso —me responde y después comienza a besarme. Nos besamos durante un muy largo rato y me encanta descubrir que Rodrigo no es de los que sienten asco de besarme en la boca después de haberme tragado su semen.

Se está haciendo tarde y a mí me pone nerviosa pensar si no vendrá alguien a preguntar si todo está bien, pero Rodrigo se ve muy tranquilo y confiado.

—Qué rico haberme cumplido la mitad de mi fantasía, mi amor —me dice.

—¿La mitad? —le digo, alarmada, y no puedo evitar soltar una carcajada. Si todo aquello es solo la mitad, ¿cuál será la otra parte que falta?

—Sí —me dice—, pero no te preocupes. Ahora hacemos la otra parte.

Sin dejar de sonreírme, se mete ahora él debajo de la mesa y sonriendo se tapa con el mantel. Aún estoy yo tratando de adivinar qué pasará ahora (qué tonta. Creo que era obvio lo que seguiría) cuando siento la lengua de mi chico comenzar a subir por la parte interior de mis piernas. ¡Se siente delicioso! Fresca y suave, subiendo poco a poco por mis piernas depiladas, encaminándose a un destino que ambos deseamos. Me va lamiendo y

besando y colocando suaves mordiscos, arrancándome estremecimientos y gemidos. Finalmente puedo sentir su aliento cálido sobre mi pubis, a través de los poros del encaje de mis bragas y un momento después su lengua, recorriéndome toda la raja aun sobre la ropa. Me levanto un poco sobre la silla cuando siento sus manos en mis costados, bajándome las bragas y en un momento más ya no las tengo; mi chico se las ha llevado. No le cuesta mucho trabajo separarme las piernas y entonces puedo sentir su cálida lengua lamiendo lentamente los labios abiertos, hinchado y húmedos de mi vagina. ¡Qué placer! Literalmente me está comiendo lentamente a lengüetazos. Cuando llega hasta la parte de arriba y su lengua está sobre mi clítoris, juega un poco ahí y después se separa para comenzar a lamerme de nuevo lentamente desde abajo, casi desde mi ano; sube lentamente; cuando pasa por la entrada de mi sexo entra un poco, pero jamás se detiene; continua subiendo hasta llegar a mi clítoris, el cual lame y chupa cada vez más fuerte y durante más tiempo en cada una de sus lentas embestidas. Este chico sí que se toma su tiempo para comerse a una mujer. Me llena de estremecimientos y placer. Mis manos, que habían comenzado simplemente acariciándole suavemente el cabello de la nuca, ahora le aprietan la cabeza, presionándolo sobre mi pucha. Finalmente logro que clave su lengua dentro de mi vagina y que se quede ahí, concentrado en penetrarme con su boca. Él se está ahí un buen rato, aunque me hubiera gustado que se quedara mucho más, porque yo ya sentía que no necesitaba más que algunos minutos más para terminar, pero me imagino que ya se le ha cansado el cuello y la nuca. Finalmente saca su lengua de dentro de mí y yo alzo el mantel para verlo. Brevemente me mira a los ojos, me sonrío y ambos nos lanzamos un beso, desde donde estamos. Y entonces él vuelve a concentrarse en mi panocha. Comienza a lamerme el clítoris mientras me mete su dedo índice muy profundamente y después comienza a presionarlo en la parte de delante de mi sexo, por dentro, como buscando mi punto g. Mientras hace eso, el dedo índice de su otra mano juguetea en la entrada de mi ano. Yo me acomodo un poco, en el borde de la silla para que sus dedos puedan hacer su tarea, tanto adelante, como por atrás. No me penetra el ano, pero su dedo si se mantiene ahí, simplemente acariciándome en la entrada, mientras su otro dedo me toca por dentro de la vagina y su lengua juguetea en mi clítoris. Entonces cierro los ojos, decido olvidarme de todo y concentrarme solamente en mi placer. No necesito que aumente la velocidad, ni la presión, ni que haga nada nuevo: simplemente necesito que se mantenga haciendo lo que está haciendo ahora, exactamente igual, para

correrme de manera deliciosa.

Casi sin darme cuenta, le susurro: —sí, no pares, no cambies, sigue así, que estoy muy cerca —lo que creo que lo tiene bastante contento.

Después de unos pocos minutos comienzo a correrme y entonces suelto chorros calientes de mi sexo. Sé que no todas las mujeres eyaculan, pero por alguna razón, yo sí lo hago. No estaba segura de que aquello le gustara a Rodrigo, pero en cuanto lo siento en su mano, mueve su boca a la entrada de mi sexo y se dedica a beber todo lo que sale de ahí, lo que me provoca venirme aún más fuerte, y ... sacar más líquido.

Temblando, me vengo en su boca y siento escalofríos durante algunos segundos. Aún tengo los ojos cerrados y las piernas abiertas y estoy casi acostada sobre esa silla, con mi cadera totalmente apoyada en el borde, cuando siento los labios de Rodrigo sobre los míos. Abro los ojos y veo los suyos muy cerca de los míos. Está sonriendo. Yo aún sigo temblando con los estragos de mi orgasmo.

—Te amo, Lauri —me dice entonces por primera vez y todo el mundo me da una vuelta.

—Y yo te amo a ti, Rodrigo —le respondo.

Nos besamos un rato y todos sus besos me saben delicioso, pero yo sigo con la falda enrollada sobre la cintura y mis bragas están tiradas en el piso, por lo que después de algunos besos le digo: —¿nos arreglamos? —(soy bastante nerviosa).

Mientras yo me arreglo y limpio la silla y el piso con algunas servilletas de papel, Rodrigo va al lavabo a limpiarse la boca y la cara, y también a ver si puede disimular de alguna manera las manchas de su camisa, cosa que no logra.

Regresa y cuando le veo la camisa aún manchada con mis jugos, ambos reímos de buena gana, aunque los dos estamos seguros de que ninguno de los meseros nos mirará raro o comentará nada.

Paso mis brazos alrededor del cuello de Rodrigo y lo beso.

—¿Y ahora que vamos a hacer? —le pregunto.

—¿Follar y follar y seguir follando más? —me pregunta riendo.

—Eres un cabrón —le digo yo también, riendo.

—Bueno —me dice— la verdad, creo que podríamos estar juntos, ¿no crees? Hemos sido amigos toda la vida y nuestras parejas, en cambio, nos han durado muy poco. ¿Por qué no lo intentamos tú y yo?

—Pero...—. le digo un poco triste —si no resulta... ¿podemos seguir

siendo amigos?

—Sí podemos —me dice, con sus labios muy cerca de los míos y con su frente sobre la mía —pero ¿Por qué no mejor nos concentramos en hacer que funcione?

No me parece mala idea y nos besamos de nuevo, y un segundo después, sus manos ya están de nuevo apretándome las nalgas.

—Mi amor —le digo—, ¿y si nos vamos a tu departamento y ahí continuamos nuestra cita?

—Me parece muy bien —me dice —Déjame pagar la cuenta y nos vamos.

—Ay, qué pena —le respondo, tapándome la cara— los meseros se van a dar cuenta de que estuvimos cogiendo.

Él suelta una carcajada.

—Aquí están las llaves del coche, Lauri, ¿Por qué no me esperas en el auto, mientras yo termino aquí y luego nos vamos a mi departamento?

Y así lo hacemos.

Y creo que necesitaré otro pequeño libro para contarte lo que pasó en su depa y varios libros más para contarte todo lo que ha pasado desde entonces.

¿Te gustaría leerlos?

Fin